

MEJOR NO HABLAR DE CIERTAS COSAS

Alberto Gianola Otamendi y Pablo M. Sala



«Si puedes soportar que falseen tus palabras
los pícaros, excitando así a los tontos,
y oír cómo sus lenguas falaces te calumnian
sin que tú mismo mientas...»

(fragmento de *Si*, de Rudyard Kipling, 1895)

1. Hay cosas de las que no se puede hablar

— ¿Sabés? Me parece que se habla mucho de «la grieta» como si fuera una ocurrencia de la actualidad política.

Creo que, en realidad, nuestra sociedad ha vivido constantemente en confrontaciones, fraccionamientos, bandos y facciones. No puedo recordar un momento histórico en que ello no haya marcado el devenir de nuestro trágico pasado: Buenos Aires revolucionario y el interior realista (las campañas de Belgrano al Paraguay y de Rondeau al Alto Perú, como comienzo), unitarios y múltiples caudillos federales regionalistas, porteños y bonaerenses, conservadores y radicales, peronistas y libertadores, etc.

Nuestra emotividad mediterránea y nuestro carácter sanguíneo nos llevan a posiciones extremas y a actitudes fervorosas.

—Amigo, bueno es intentar hablar, pero en temas como «la grieta» o, más bien, la división histórica que, como bien decís, nace con la Patria, creo que no seremos escuchados... Son capas geológicas, siglos de enfrentamientos y de odios que ya, visceral o dialécticamente, nos nublan el entendimiento; la sola mención —crítica, racional— de un evento nos ubica a uno o a otro lado de lo que, si me permitís, llamaría la «herida» constitutiva de nuestra muy joven patria. Y respecto del carácter, no olvidemos mencionar que nacemos como país confrontando a una potencia, sino la potencia hegemónica mundial de principios del siglo XVIII: España. Somos hijos y nietos de la guerra, nos guste reconocerlo o no.

— Es cierto, y pareciera que los últimos tiempos nos muestran una nueva versión de separación político-social, de raíz ideológica y conceptual sobre la república y la vida. Hay un breve período del que aún no podemos siquiera discutir. En términos historicistas, una década es un suspiro; sin embargo, ese lapso ha marcado radicalmente nuestra concepción cívica actual y modificado en forma sustancial la política nacional y las instituciones democráticas.

No obstante, paradójicamente a su enorme impacto, la revisión de ese pasado cercano no surge de un debate amplio, franco y abierto, sino muy contrariamente de conclusiones de marcada parcialidad y sesgo.

— En este punto, tenés toda la razón. Creo yo que la dinámica propia de nuestros conflictos internos durante todo el siglo XX sigue latente en esta forma particular que mencionás. No obstante, siguiendo la línea que estamos tratando de establecer (¿por qué no hablar?), vos recordarás —nacidos ambos en la década de 1960— que ya desde nuestros hogares y escuelas todavía se hablaba de Rosas con registros emocionales demasiado altos para el siglo transcurrido desde su caída y ¡ni qué decir del peronismo! Reuniones familiares, fiestas, instituciones, el país entero atravesados por una antinomia irreconciliable, furibunda... Fuimos testigos, aunque no protagonistas, del cruel crescendo, de una tragedia colectiva en la cual engeguécidos contendientes, ambos intoxicados de razones, llegaron a masacrarse... Y bue-

Alberto Gianola Otamendi es Capitán de Fragata (R) y Capitán de Ultramar.

Es Magíster en Administración de la Educación, Licenciado en Sistemas Navales y tiene un Posgrado en Gestión de Riesgos de Desastre y Política, Administración y Gestión.

Es Analista Operativo, Consultor en RRHH, liderazgo, trabajo en equipo, comunicación y procesos.

Pablo M. Sala es Licenciado en Relaciones Laborales y Profesor de Sociología del Trabajo.

Es Consultor especializado en Clima/Cultura Organizacional, *Change Management* (HUCMI), entornos laborales saludables y RRHH. Auditor en normas ISO/OHSAS.

no es preguntarse hoy: ¿Cómo fue posible? ¿Ningún sector encontró otra salida? ¿No hubo posibilidad de evitarlo? ¿No surgieron líderes con una visión amplia, capaces de prever que el bien común estaba totalmente fuera de discusión? Naturalmente no. Y creo que hay que decirlo: no hubo ganadores. Ningún bando (uso el término «bando» a conciencia) pudo ver tan terrible *pathos* que envolvía el conflicto, que perdíamos todos. Suena cursi decirlo, pero «si entre hermanos se pelean»...

— Lo que ocurre hoy es un poco diferente, pues pareciera que se ha silenciado a una de las partes y se la ha juzgado, simultáneamente, como responsable unilateral, y se la ha condenado sin derecho a defensa o a réplica.

No es que «de eso no se habla», sino por el contrario, de ese tema hablaremos todos los días (desde hace años), pero hablaremos desde un discurso único, bajo un relato tolerado legal, intelectual y socialmente. Lo demás está condenado al mutismo, la prisión o el ostracismo.

Tal vez, desde una percepción militarista, se puede concebir como parte de una guerra inconclusa, que ha pasado de los campos rural y urbano de las armas, en una forma de combate irregular y revolucionario, al plano cultural y psicosocial (tal vez de inspiración gramsciana). Quizá prime un espíritu de revancha en una confrontación inacabada. O incluso quepa concebir un típico movimiento pendular en la eterna dialéctica histórica de búsqueda de equilibrios.

Pero esas explicaciones, todas y hasta unificadas, me suenan a poco. ¿Por qué hay cosas de las que no podemos hablar? O, acaso, ¿por qué escasas voces solitarias intentan razonar sobre hechos y sus causas, sin entender ni aceptar un relato impuesto y poco verosímil? ¿Por qué pocos quieren escuchar sin erizarse o sin reaccionar con alegatos preconcebidos y oficializados?

Debe de haber un motivo de raíz filosófica, psicológica o sociológica. Y hemos de aceptar que esos principios han sido efectivamente utilizados y han logrado un objetivo de indiscutible éxito. Pareciera que aún no los entendemos ni los podemos neutralizar, siquiera en ámbitos de conversación intelectual.

— Me parece que tus mismos párrafos encierran múltiples respuestas. Para empezar, vuelvo a «¿por qué no podemos hablar?» No podemos hablar porque el devenir histórico y, como bien indicas, nuestro carácter (si es que hay tal cosa que *grosso modo* defina a un pueblo) está poblado de contradicciones, hipocresía, triunfalismos y una necesidad cuasi patológica de gozar de los privilegios de la historia sin haberla vivido... Nuestra sociedad, en ese punto, es un «invento», una creación, un «como si fuéramos» desde el vamos. Lógico, para ser hijos de una revolución anticolonial... Nos liberamos del español, pero esa libertad generaba necesariamente una responsabilidad ante la historia, que nunca logró plasmarse en un solo movimiento de la voluntad nacional. Hicimos la guerra, pero perdimos el espíritu. Nuestras nuevas instituciones respondían a modelos importados: directorios, triunviratos, presidencias unitarias, Buenos Aires y su puerto afrancesado y proeuropeo, nuestras provincias que naturalmente encontraban líderes y jefes cuasi feudales, muchos de ellos ilustres hijos de la nobleza española más rancia, mientras otros eran caciques de malones. La independencia abrió la caja de Pandora de las posibilidades y nos sumió en un largo período de marchas y contramarchas.

La generación de la década de 1980 cataliza un «modelo», no sin ingentes luchas, que, fruto de su alineación con la geopolítica de entonces y con el apoyo del creciente mercado británico logra «triunfar», imponerse, estructurarse.

— Es cierto, atrás ha quedado un tendal de víctimas reales, con victimarios conscientes y determinados. Actualmente, entre los protagonistas sobrevivientes de las confrontaciones



Cain mata a Abel, Génesis, La Biblia, Gustave Doré

Xilografía infolio de 1870. Grabado madera

«La filosofía debe luchar contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio del lenguaje».

—Ludwig Wittgenstein

recientes, unos muchos han sido resarcidos en derechos e indemnizados generosamente, otros padecen condenas o largo presidio (incluso sin sentencia ni atenuantes). Algo no funciona en la República, tampoco en el estudio histórico.

— Bueno, acá introducís un término interesantísimo: «República». La República Argentina funcionó esporádicamente como tal y, antes bien, como un objetivo ideal más que como una idea plasmada, formadora de tipos humanos, ciudadanos. Los franceses han encontrado una vuelta de rosca brillante: iniciar n número de repúblicas: la 4.^{ta}, la 5.^{ta}... una más, cada vez que las contradicciones propias e inevitables del devenir histórico «desbalanceaban» la idea original.

Nuestra última «república», democrática —sin dudas— y pos-Malvinas, es muy distinta de la irigoyenista que, a su vez, era diferente de la del modelo de 1853. Así, las instituciones van sobreviviendo.

Sin embargo, en el caso que nos ocupa, el «proceso democrático» iniciado en 1983 apoya su andamiaje conceptual, cultural y anímico —te diría— en diferenciarse de esos grandes actores de la política argentina que fueron nuestro Ejército, nuestras FF. AA. Durante el siglo xx, el argentino, el pueblo, el «ciudadano» no solo aceptaba la velada tutela de nuestras Fuerzas sobre el resto de los actores sociales, sino que la validaba, la buscaba, la pedía... y fuerzas «democráticas» ejercían no poca influencia sobre estas organizaciones hasta que, literalmente, les daban el matiz institucional, una suerte de barniz validatorio, «en negro», para intervenir, una y otra vez, en el normal funcionamiento de la «República».

Creo que este punto es central para entender por qué no podemos hablar. Porque como pueblo, no aceptamos, no nos gusta, no queremos hacernos cargo de los golpes, las asonadas, las «inquietudes en los cuarteles». No aceptamos la fuerza extraordinaria que una sociedad otorgó a quienes veían legítimamente como válidos reguladores de nuestra incapacidad para resolver. Las crisis de un mundo cada vez más entrecruzado de tensiones, con potencias que florecían y decaían, guerras mundiales, además de los avatares y toda la catarata de errores propios, traiciones, entregas, corrupciones en las que parecía que nuestra clase política históricamente caía y endémicamente nos acompaña hasta hoy, nunca fueron adecuadamente asumidas por las instituciones democráticas.

No reconocer el lugar que les dimos a las FF. AA. como agentes sociales hace mucho más fácil presentar al ídolo como villano, sobre todo después de Malvinas. Es una forma de negación, de irresponsabilidad, algo freudiano que, como sociedad, nos interpela: aborrecemos a aquellos que pusimos en el lugar del padre tutelar.

— No seremos un caso único. Seguramente muchos puedan ser los ejemplos de casos similares en la larga genealogía humana. Mas era de esperar que, en tiempos de ampliación de las comunicaciones y la información, en lo que se asume teóricamente como el esplendor de los derechos del hombre, que incluyen entre los primerísimos el de expresión, la libertad de prensa, la réplica mediática, la defensa en juicio y la ecuanimidad judicial o igualdad ante la ley, veríamos florecer tiempos de reflexión, balance, arrepentimiento, reconciliación, tolerancia y regeneración de los tejidos sociales.

Sin embargo, lo que se sigue observando es una perdurable estigmatización no ya solo de instituciones fundamentales como las Fuerzas Armadas y de Seguridad, sino incluso de conceptos de autoridad, disciplina, orden, represión y control legal. La vindicación continua enfocada en el desmantelamiento de las estructuras de esas instituciones fue restando los medios y las atribuciones para el ejercicio de sus facultades, incluso por asociación a la justicia y la educación.

«El mal no debe imputarse solamente a quien lo comete, sino también a los que, habiendo podido evitarlo, no lo hicieron».

—Tucidides



David con la cabeza de Goliat, Caravaggio.

@Galería Borghese, Roma.

@Museo de Historia del Arte de Viena.

«La creciente percepción de que las instituciones sociales existentes son irracionales e injustas, que la razón se ha convertido en sinrazón y lo justo e injusto es solo una prueba de que en los modos de producción y de intercambio los cambios han ocurrido silenciosamente, de modo que el orden social, adaptado a las condiciones económicas más tempranas, ya no muestra conformidad con ellos».

—Friedrich Engels

De continuo se apela a un diagnóstico apriorístico que elude someterse socialmente a una visión integral y holística de la raíz de lo vivido en los ocho años predemocráticos modernos, sin entender las causas y los factores completos, con foco solo en un grupo importante pero incompleto de efectos graves.

¿Qué es lo que impide ver los hechos en plenitud? ¿Qué nos dificulta recordar y tener una memoria completa de aquello que vivimos? ¿Hay un porqué natural, biológico?

— Creo que es simplemente psicológico, estamos bloqueados para asumir que las FF. AA. no vinieron de Marte, sino que eran (y son) parte del mismo pueblo, vecinos, amigos, argentinos...



Duelo a garrotazos,
Francisco Goya
© Museo Nacional del Prado

«Para legitimar los juicios de valor subjetivos, que emergen del elemento emotivo de la conciencia, el hombre intenta presentarlos como juicios objetivos dotándolos de la dignidad de la verdad, para hacer de ellos proposiciones que estén al mismo nivel que los juicios de la realidad».
—Hans Kelsen

Desde ya que esta nueva democracia va —como en su momento sucedió con la generación de 1980— de la mano del contexto internacional. El mundo, como bien decís, se jacta hoy día de libertades inéditas, de extraordinarios alardes tecnológicos, de una rapidez inusitada en todo, pero abundan los estudios científicos que muestran el lado oscuro de tan formidable «avance». Hoy, salvo en los países verdaderamente poderosos (tanto militar como económicamente, lo cual es simultáneo, casi como una regla desde el principio de las civilizaciones), esta deconstrucción de todo lo que remita a valores primarios (disciplina, orden, jerarquía, identidad nacional, ¡el mismo concepto de hombre! (y de mujer) requiere un reduccionismo *ad absurdum*.

En pocas palabras, el viento de la historia sopla a favor de la negación, de la «deconstrucción» (¡que palabrita!), y estimula lo peor que como sociedad siempre tuvimos: nuestra incapacidad de reconocernos en espejos que antes sosteníamos. Sentimos disgusto con la imagen reflejada, más aún, con nuestro pasado.

— Hace tiempo que el péndulo está tocando el otro extremo. Julián Marías, citado por Diego Wartjes¹, señala la relación que algunos pueblos mantienen con la verdad histórica en determinados momentos. A veces, están inmersos en ella; otras la dejan al margen e, incluso, viven contra ella, adoptando versiones irreales, sintiéndola como enemiga, adscribiendo a la mentira. Marías considera que esa forma de inautenticidad se debe al miedo a reconocerla y a asumirla.

La declamación de grandes principios ha enmascarado la manipulación de lo sucedido, y el uso de eufemismos ha permitido cambiar completamente la apreciación de los hechos reales.

— Bueno, esta última frase parece resumir la mecánica de la manipulación y la acción psicológica. Es de hoy y de hace siglos.

Como básicamente estamos tratando de hablar de aquello que «no se puede», es posible que nuestro diálogo-escrito tenga referencias cruzadas, repeticiones, lagunas... En verdad, es casi filológico lo que nos proponemos: tomando todos los fragmentos de la historia de nuestros últimos 40 años, buscamos lo que no se dice, lo que «vivimos nosotros» y no encontramos reflejado lo que fenoménicamente observamos, y pareciera que nadie más vio aquello que permanece oculto en los pliegues de la historia. Esta, que no es maniquea, precisamente..., y lo sabemos.

Ahora bien, esta pendularidad que mencionás es inevitable. Sin pretender escharbar en ciencias políticas, una de las teorías más interesantes, a mi entender, respecto del posible funcionamiento de las sociedades, nos la brinda la filosofía política.

Las repúblicas liberales decimonónicas se basan en la teoría del Estado de Rousseau. Pero hubo alguien que sostuvo que la polis solo se sostendría mediante una constante tensión entre sus integrantes, entre sus clases, diría Marx. Tensión en el sentido armónico del término, es decir, como la que hace funcional al arco y a la lira.

¹ *Introducción a la filosofía.*
Julián Marías. Revista de Occidente S. A.
Madrid, 10.^{ma} edición, 1969.

Esa tensión promovería un estado de equilibrio, fugaz pero posible, necesariamente generando movimientos pendulares que anticipen el próximo estado del cuerpo social: llegado a un extremo, la tensión inmanente se movería hacia el otro, en una dialéctica armónica. Si alguno de los extremos «tirara mucho de la cuerda», el cuerpo social se disgregaría en una anarquía de inevitables consecuencias (nefastas).

Observo aquí una metáfora válida para entender por qué nuestra joven nación vive en este desesperante y continuo *ping-pong*, un equilibrio que la democracia posproceso no ha logrado alcanzar. Parece imposible analizar críticamente estas dicotomías, acentuadas por la interpretación antiépica de la guerra de Malvinas.

Estoy lejos de reducir estas «tensiones» a derecha e izquierda (categorías que hace 30 años no significaban nada). Hoy, la supervivencia de la Argentina como sociedad requiere más que nunca la búsqueda de un equilibrio, de un justo medio, tan ideal como necesario. Primero, inter pares, luego, internaciones. Si es posible, vaya nuestro aporte para empezar a hablar de lo que no se puede. Definitivamente, olvidémonos del tema, si ni siquiera podemos nombrarlo...

— Estoy de acuerdo. Es que resulta difícil hacer ese aporte, siquiera mencionar ese tema tabú sin las inmediatas réplicas de descalificación y de acusación. Los mecanismos de tergiversación, muchas veces basados en acciones artísticas (música y canciones, cine, teatro, poesía, novelas), en campañas mediáticas inespecíficas de la política (por ejemplo, programas de radio y de televisión de actualidad, periódicos de noticias y revistas humorísticas), en la acción discursiva indirecta de referentes sociales no involucrados expresamente en las luchas (artistas, modelos, periodistas) y en la posición de elocuentes jurisperitos (de partes), han propiciado la progresiva asunción de una construcción unificada que tapa y acalla cualquier otra.

Entonces, la proliferación de voces condicionadas por un relato construido nos oculta una parte sustancial de la verdad, impide hurgar en el pasado para entender los orígenes de nuestras enfermedades sociales y para remediar lo posible actuando sobre la génesis de los problemas.

— A la vez, ese ruido estruendoso y unívoco inculpa a un bando; probablemente —como decías— para autoexculpase o, tal vez, para proteger y beneficiar al otro.

No es una tensión heraclítica de opuestos que conviven, sino un aplastamiento del antagónico.

Creo que, seguramente, no haya inocencia ni casualidad. Es muy probable que haya una causalidad premeditada e intencional. Pero, ¿cómo es que la ciudadanía admite la versión impuesta sin discutirla? Tal vez el motivo subyacente sea una inconsciente negación de un pasado indeseado, a la que aludías, o tal vez, de la propia responsabilidad individual (de muchos dirigentes en forma directa y de todos los ciudadanos de modo más indirecto, por acción u omisión) en ese oscuro rincón de nuestra historia.

Esa eventual negación de tiempos pretéritos, pero recientes, que nos contienen e involucran, implica no solo una directa acusación expiatoria hacia quienes queremos endosar responsabilidades colectivas, simplificando culpas y actuaciones, sino también implica hacer desaparecer, borrar, eliminar a aquellos a quienes hoy negamos asistencia, escucha, razones, defensa.

Por la acción de transferencia de cuentas y de cargos morales, o por omisión de reconocimiento y de debate, pretendemos desentendernos de lo que hicimos como sociedad en un acto de supervivencia, en medio de una crisis social de inmanejables proporciones, que tuvo el cariz de un conflicto interno, una guerra civil.



Capricho n.º 43, *El sueño de la razón produce monstruos*, Francisco Goya

© Museo Nacional del Prado

«La justicia es una construcción humana, y es dudoso que pueda ser realizada de una sola manera. En cualquier caso, he de empezar dudando, y más que dudando, de esta hipótesis filosófica estándar».

—Michael Walzer

Tras haber sobrevivido como nación manteniendo una sangrante república, debimos encontrar una forma inconsciente de compensarnos moralmente cierto sentimiento de culpa por aquello que delegamos hacer a otros para salvarnos. Si acaso la hubo, la receta exculpatoria parece haber sido resarcir a los vencidos y castigar a los vencedores.

De ese modo, habríamos encontrado un tardío equilibrio que nos libera de nuestra angustiante indiferencia asumiendo una posición de jueces y que nos rescata de ser indirectos verdugos para situarnos como generosos benefactores, distribuyendo pensiones y subsidios del erario público.

— ¿Nos salvará moralmente ese gesto reflejo y confuso?

— O acaso fuera el inicio de una nueva estrategia, y se trata de una inversión del principio de Clausewitz de continuar la guerra por otros medios. En esta opción, las herramientas las brindan los tribunales, los medios de comunicación masivos, la acción social.

— ¿Cómo nos deja esto parados ante vicisitudes futuras?

— Citando a Abelardo Ramos, el topo de la historia seguiría cavando...

2. ¿De qué no se puede hablar?

La verdad es hija del tiempo, no de la autoridad.

Sir Francis Bacon

— Como decíamos antes, no es meramente que no hayamos alcanzado la madurez civil, sino que pareciera que nos encontramos sumidos en la penumbra de un analgésico inducido.

Una nebulosa que no oculta el pasado remoto ajeno, sino una miopía de lo propio y reciente, como una forma de astigmatismo que unifica los colores hacia una gama predeterminada, empañando la paleta de cualquier pintor, tiñendo las telas de un solo color.

Se nos dificulta hablar sin temor de lo sucedido en los años setenta en la Argentina. O mejor dicho, durante la guerra fría en los campos periféricos de este país.

Vanamente podemos aislar nuestra patria de lo que sucedía a nivel global. Mal hacemos en referirnos a un puñado de años bajo un determinado gobierno. Es una segmentación artificial de un fenómeno de amplia extensión y de larga génesis.

Podríamos, a ciertos fines, considerar ventanas temporales parciales sin olvidar que fueron sucesivas, ininterrumpidas, relacionadas y consecuentes. Por tanto, esa acotación ficticia solo obraría a modo de facilitar su estudio, pero no su entera y completa consideración. Eso no puede hacerse ni legal ni sociológicamente, como no puede tratarse una metástasis en forma aislada.

Después de la Segunda Guerra Mundial, junto con los procesos de descolonización, se declamaba la revolución, la liberación de trabajadores y de proletarios. Se formaron «ejércitos» populares, fuerzas armadas del pueblo revolucionarias y liberadoras, frentes de lucha y movimientos de clases de derechas y de izquierdas (Uturuncos, Tacuara, FAL, FAR, FAP, ELN, ERP, AAA, Descamisados, Montoneros, etc.). Pronto actuaron al margen de la ley, traspasando los límites, por lo que acabaron voluntariamente en la clandestinidad.

— Podemos empezar a explicar las cosas desde lo más cercano y reciente, de lo cual muchos tenemos una memoria fresca, con el intento de copamiento del cuartel de La Tablada, el último ataque guerrillero en la Argentina (también durante un gobierno democrático).

Es un ejemplo muy claro, porque reúne en dos días de acciones toda una carga simbólica.



Alegoría de la Justicia - circa 1860 - con ojos vendados

«Luis XIV afirmaba *L'etat c'est moi*». Pareciera que aquel modelo de absolutismo del Estado se ha transformado en uno propio de aquellos que asumen las riendas del Estado. Y generan una alteridad, una grieta con otros, que necesitan ser demonizados para justificar su dominio. A ellos no se da réplica, ni razón, ni derechos, ni la justicia. Es el enemigo referido por Perón».

Primero, porque fue en febrero de 1989, plenos tiempos de la recuperada vida en democracia. Segundo, porque recibió amplia cobertura mediática, que fue desnudando, progresivamente, no solo la cruenta praxis guerrillera de expresarse para lograr sus objetivos, sino la telaraña detrás de las acciones. Esa vasta cobertura periodística demostró cómo se había formado el nuevo grupo terrorista MTP, sus apoyos en los partidos políticos, los intermediarios con otras organizaciones civiles y la asistencia desde el exterior.

También expuso claramente el repudio popular argentino por ese tipo de actos y hasta el rechazo por las ideologías que los alentaron.

Fue claro que el Ejército pudo recuperar el Regimiento 3 de Infantería Mecanizada, a costa de muchas bajas, en un combate muy duro (afortunadamente focalizado), usando todo su potencial y armamento de guerra.

— El caso es válido. Eso demostró, en escala, lo que ya había ocurrido hacía 15 años en Tucumán bajo la estrategia «foquista» del Che Guevara. Con injerencia cubana, el ERP buscó concentrarse en un área mediterránea, esencialmente rural (o selvática), y a la par, en otro enorme esfuerzo urbano, golpear en las principales ciudades.

Ante las acciones ilegales y violentas, otras voces interpretaron insurgencia, sedición, guerrilla, terrorismo. Nombres todos de actividades delictivas, violentas y crueles, de gran magnitud, capacidad organizativa, apoyo logístico y recursos políticos nacionales y extranjeros.

Asesinatos, secuestros extorsivos o con fines de ejecuciones «ejemplificadoras», asaltos de caudales y robos de armas, bombas y atentados, con matices propios de cada agrupación fueron parte de la metodología empleada cotidianamente. Sí, el menú se basó en ganar notoriedad pública y poder de injerencia o de negociación por la capacidad de ejecutar acciones armadas y por la inescrupulosidad en sus consecuencias.

— La respuesta de la sociedad y el Estado no se hizo esperar. Las reacciones variaron con el tiempo, la presión y la desesperación, empezando por las medidas de plena legalidad en las ciudades hay el combate abierto en Tucumán y áreas del interior hasta la contrarrevolución o contrainsurgencia encubierta, sin respaldo legal ni contención oficial, con excesos. También, dentro del propio Estado, hubo grupos y actos que se marginaron de la ley. De hecho, la tristemente célebre AAA, de extrema derecha, fue gestada por una facción del gobierno democrático de entonces que operaba en forma clandestina, de manera similar a sus enemigos.

En esos tiempos, se discutía fervorosa y abiertamente. Los medios de expresión de cada actor declamaban de modo explícito sus objetivos, sus fundamentos, sus victorias en batalla, las bajas producidas y hasta las ejecuciones sumarias en cárceles del pueblo de «opresores», traidores, agentes o enemigos populares.

Se creó la Cámara Federal en lo Penal, un fuero especial que, hasta principios de 1973², dio un marco jurídico a la reacción estatal y falló con prisión para los terroristas capturados.

Hasta entonces, no había un demonio aislado ni un grupo que despertó una mañana otoñal con sed de sangre de jóvenes idealistas, pero sí guerra desatada mundialmente y un objetivo de imposición de un régimen de gobierno al estilo soviético o de mantenimiento del sistema constitucional, a como diera lugar.

Por un lado, los combatientes se embanderaron en fuerzas «irregulares» con su propia organización; por el otro, la defensa del *statu quo* (es decir, del sistema imperante hasta hoy) fue delegada en el brazo armado de la patria, articulado en dos escalones. Las Fuerzas de Seguridad y las Policiales actuaron en primera instancia e, inicialmente, bajo mandato judicial,



Alegoría de la justicia (1620)
sin venda en los ojos

«La mentira no es simplemente la afirmación de algo falso. Se trata de un lenguaje encubridor que sabe lo que dice».

—Hans George Gadamer

² Fue disuelta el 26 de mayo de 1973.

y las Fuerzas Armadas, al escalar la crisis (tras indultos generales de condenados y de procesados, la disolución del citado tribunal federal y decretos presidenciales de intervención militar con refrendo parlamentario), en 1975.

Claramente, aquello de lo que no se puede hablar es de lo ocurrido durante las décadas de 1960 y 1970 en estas latitudes. O al menos se han mandado al arcón del olvido más de 15 años de historia con diferentes gobiernos, con antecedentes de hechos y jurisprudencia sentada. Se han enterrado decretos presidenciales de gobiernos democráticos y largos debates parlamentarios de representantes radicales, peronistas, justicialistas, socialistas, comunistas, conservadores, demócrata-cristianos, desarrollistas, liberales...

Ya hay una versión aceptada por sedimentación como definitiva, que oficializa que «hubo un gobierno militar de 1976 a 1983 que asesinó a miles de personas que se oponían a sus designios castrenses».

— Bien, justamente ese es el punto clave: es comprensible que una persona mienta o un grupo genere una fabulación para eludir un castigo o alivianar una culpa. Pero no es tan claro cómo la sociedad acepta la mentira, a sabiendas de su falsedad, a menos que tenga una profunda necesidad de redención. Porque aquí se estableció un doble estándar, se utilizaron varas diferenciadas.

Se generó una versión de la lucha trastocada con un número exagerado de desaparecidos y de asesinados por las fuerzas de seguridad y militares (tanto durante el orden democrático como durante el gobierno *de facto*) para generar la idea de genocidio y usar parcialmente acuerdos internacionales sobre crímenes de guerra.

Así lo han reconocido los creadores de tal mito, como el líder montonero Luis Labraña y la dirigente política de izquierda Graciela Fernández Meijide, y los documentos oficiales plasmados en el libro *Nunca Más*.

Contrariamente a las definiciones de los propios líderes de las facciones insurreccionales, tales como Mario Firmenich y Martín Caparrós, en cuanto a la conformación paramilitar y los objetivos políticos revolucionarios de los grupos guerrilleros, se ha tejido una versión maniquea. No importa que ello haya sido reiteradamente expresado en las propias publicaciones de cada grupo insurgente, en numerosos libros autobiográficos de terroristas, en otros trabajos de investigadores independientes, en entrevistas a protagonistas y en notas periodísticas de diarios reconocidos, radio y TV.

Pese a la evidencia sustancial, se ha impuesto con fuerza «jurídica» que NO habría habido guerra, ni combates, ni dos demonios, ni malos, ni buenos. O contrariamente, que sí hubo muchos buenos, jóvenes idealistas, con miles de mártires, y una corporación clasista y oligárquica de malos, representada por satánicos militares. Esta versión se refuerza con el número arbitrario de treinta mil víctimas inocentes.

De pronto, se borra una década y media, se dibuja una media fracción, se indultan delitos por un lado, se crean leyes retroactivas por otro, se asignan derechos nuevos a unos, se aplican penas nuevas a los demás, se generan cifras, se descubren testimonios, se recuerdan casos, se olvidan cosas.

Un poco de esto y otro de aquello. Premios y monumentos por aquí, juicios y castigos por allá. Se bate y deja levar en los medios, se cuece en tribunales *ad hoc*, se guarda en prisiones federales.

Muchas han sido las demandas para revisar esta alteración de la historia y del derecho. El esfuerzo ha tenido el liderazgo del grupo Justicia y Concordia y del Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas (CELTyV), con reclamos ante foros nacionales y cortes internacionales, cartas en los medios y varios libros documentales.



...No es completo el nombre del verdugo sin el reo...

-Dante, *Canto XXII*
Los fraudulentos

«La razón siempre ha existido, pero no siempre en una forma razonable».

-Karl Marx (1818-1883)
Filósofo y economista alemán.

3. ¿Qué fue lo que pasó?

No basta con decir solamente la verdad,
más conviene mostrar la causa de la falsedad.

Aristóteles (384/322 a.C.)

— Me acuerdo de la frase de Unamuno y me gustaría parafrasearla: «como nos pasaba ayer...»; retomo el hilo que dejamos suelto en un principio.

Desde las invasiones inglesas y el posterior proceso independentista, vemos una constante puja de sectores antinómicos con diferentes ideas de modelo de país. Incluso antes de unitarios y federales, hubo fuertes choques entre concepciones monárquicas y republicanas.

Luego, claro, como recordamos, cada región vio florecer las fuerzas políticas y las milicias locales, que ejercían un influjo autocrático e indiscutido, y su poder absoluto era seguido por voluntad o necesidad de supervivencia, lo que generaba una dependencia absoluta. Tal vez allí haya una génesis social de tendencia al liderazgo unipersonalista, caudillesco, mesiánico.

Esa conformación necesitaba la causa común y vital, la antinomia, la vereda de enfrente, que justificara tal tipo de liderazgo; dejar todo atrás para embanderarse con una motivación determinante y excluyente. Se era de la propia tropa o del enemigo.

Y en esa etapa primigenia, la discusión se zanjaba con cargas de caballería, horca y atentados. Fue la época de confederaciones y ligas, asonadas y pactos incumplidos. Fue el destino de Peñaloza, Varela, Quiroga, López Jordán, Urquiza, Artigas, Rosas...

Tal vez esté en nuestra genética social y tengamos esa división en los cromosomas posconstitucionales de 1853. Volvimos a vivirlo luego del auge conservadurista de inicios del siglo xx con los primeros coletazos mundiales de las revoluciones socialistas. Y otra vez los partidos representativos se abroquelaban bajo figuras dominantes de prédicas salvíficas. Irigoyen, Perón y los grupos secretos que gestaban elecciones fraudulentas y golpes cívico-militares «restauradores».

Tenemos toda una historia de guerras internas y de luchas soterradas. Seguimos esperando un redentor. Y cada sector que logra imponerse genera una nueva grieta que lo separa y justifica.

— Fijate que incluso los procesos revolucionarios de fines del siglo xx en Sudamérica y, en particular, en la Argentina no surgieron por generación espontánea el 24 de marzo de 1976. Constituyeron un signo del gran debate político de la posguerra mundial, en el que los actores victoriosos principales se agruparon en dos posturas y corrientes en expansión, que pugnaron por el control global.

Capitalismo y marxismo se disputaron el tablero bajo distintas banderas y grupos políticos o de combate; preferían que los eventos de armas se desarrollaran fuera de sus *hinterlands* y de sus territorios vitales. Sudamérica, aun siendo el «patio trasero» norteamericano, era parte de esa periferia vulnerable del juego estratégico mundial.

En medio de una partitura confusa y abierta, la escena local presentaba sus matices propios para que se generaran, además, corrientes locales de las expresiones residuales de nuestra propia matriz genética. Y al concierto se añadieron las notas de instrumentos autóctonos, graves y agudos, incluso dentro de cada facción.

— Muy a tono con esa metáfora musical que traes a colación, la verdadera historia debiera ser una construcción coral donde todas las voces entonen, parafraseando a Walter Benjamin. Lo que sería interesante es lograr un equilibrio donde las voces de los tenores no oculten a los sopranos, y que, como en la antigua tragedia griega, las notas parciales predominantes dejen escuchar las llamadas a la razón crítica y los reclamos morales del coro.



Tu ciudad nos llamó para poner la paz, e hicimos nuestra guerra. El lugar devastado que os aterra, es las results de nuestro poder e intrigas.

Dante, *Canto XXIII*,
Los hipócritas

«Los ideales que iluminan mi camino y una y otra vez me han dado coraje para enfrentar la vida con alegría han sido: la amabilidad, la belleza y la verdad».

—Albert Einstein (1879-1955)



Juicio Final,
Miguel Ángel,
©Capilla Sixtina

«Nosotros, capitanes de estas guerras que no tenemos más remedio que perder, defensores detestados de un orden burgués que se paga el lujo de tener tranquila la conciencia obligándonos a defender sus privilegios, a nosotros no nos queda más que morir o desaparecer, pues hemos dejado de ser útiles y nos estamos haciendo peligrosos».

—Jean Larteguy, *Los Pretorianos*

— En línea con esto, vemos que, hubo una suerte de «asumir lo hecho como una necesidad», y también se aceptaron las responsabilidades propias del mando o del comando, incluso en los alegatos del juicio a los Comandantes de la Junta del Proceso de Reorganización Nacional y otros posteriores. Y hubo famosos discursos pidiendo retroactivamente perdón por lo hecho, con una suerte de sentimiento de culpa.

Pero no hubo expresiones de arrepentimiento de los líderes de la contraparte, ni siquiera de aquellos que se adaptaron individualmente a las reglas de juego democráticas y han accedido a constituirse como representantes en el congreso, ministros (incluso de Seguridad y Defensa), embajadores y hasta jueces, o en notables figuras periodísticas.

— De algún modo, esto nos trae ecos de las discusiones socráticas con los sofistas. Se han instaurado principios indiscutibles de valores de aceptación común como *verdad*, *memoria* y *justicia*, tras los cuales se fue elaborando una trama diferente, de una reconstrucción a medida, de carácter punitivo. Ya no importa siquiera «revisar» conceptos, hechos, la historia misma. Se ha instaurado a partir de esas tres grandes palabras un pensamiento único, casi dogmático, por tanto, indiscutible.

— Aceptar que los Comandantes asumieran sus cargos de responsabilidad hubiera cerrado nuevos procesos, a la luz de las normas vigentes, como el Código de Justicia Militar. Por ello, se recurrió a nuevas figuras, como la «obediencia debida», que implicaba la anulación de los principios militares de autoridad y mando.

La negación de la responsabilidad exclusiva de la cúpula del Proceso significó la ruptura de una línea de acción orgánica para descartar el caso puntual de un gobierno tiránico (asumido en 1976 con apoyo popular), para dar lugar al constructo de una comunidad militar patológica de crueldad y maldad institucionalizada en las FF. AA.

De esa manera, podía desestimarse la existencia de «los dos demonios» y pasarles factura solo a las Fuerzas Armadas y de Seguridad, como si estas existieran autónomamente por fuera de toda estructura del Estado argentino. Por lo mismo, se podía hablar de una razón para la resistencia popular justificable.

Para urdir esto, todo podía ser explicado olvidando selectivamente que las acciones consideradas empezaron antes del 24 de marzo de 1976, fecha de inicio del Proceso de Reorganización Nacional o gobierno *de facto*. Por eso, se decide «olvidarlo» o modificar la interpretación bajo un nuevo relato. Se recrea la historia y, con ello, la ley.

— Si bien la Constitución Nacional declara que «todos somos iguales ante la ley», hay aquí una conducta corporativa que nos recuerda a la *Rebelión en la granja*, pues es evidente que hay «algunos más iguales que otros». Los tratados internacionales fueron redactados y acordados después del Estatuto de Roma, de 1998, y no contemplan el «terrorismo de Estado» ni hacen diferencia en cuanto a la comisión de delitos por instituciones públicas o particulares involucradas en un conflicto, sin exclusiones de forma.

La letra es clara en cuanto a que cualquier organización es punible. Solo se debe probar su estatus organizativo. Las agrupaciones terroristas tuvieron una orgánica muy definida, estructurada y jerárquica. Lamentablemente, otra vez aparece un sesgo interpretativo que omite de plano todo proceso de equidad.

Los «juicios por la verdad» solo hurgaron lo actuado por un bando del enfrentamiento, y los indultos cubrieron con su manto de piedad a esos mismos delincuentes previamente condenados, incluso por ataques durante el período democrático posterior a 1983.

Lo mismo pasa con referencia a la imprescriptibilidad de las causas judiciales. El mencionado estatuto y la interpretación de delitos de lesa humanidad son posteriores, por más de dos décadas, a los hechos que enlutaron nuestro suelo, por lo que aplicaría la no retroactividad ante la ley.

4. ¿Y entonces?

«Niño, deja ya de joder con la pelota
Niño, que eso no se dice
Que eso no se hace
Que eso no se toca»
(Joan Manuel Serrat)

— Bueno, hasta aquí estuvimos conversando de la génesis y el desarrollo de una problemática que nos preocupa, pero ya hunde sus raíces en la historia. Son hechos consumados. No hay vuelta atrás. Además, desde esos tiempos el mundo cambió y mucho. También nuestra sociedad es diferente, y justamente, en parte por esas experiencias. Tanto que el gran acuerdo social, la Constitución Nacional, fue modificada en 1994. Accesoriamente, pero no menos importante, se promulgaron leyes específicas de Defensa, Seguridad Interior e Inteligencia, y se derogó el Código de Justicia Militar histórico, con lo que se impuso un sistema disciplinario híbrido. Se suspendió el servicio militar obligatorio y se alteraron por resoluciones ministeriales los procesos de ascensos y de designaciones militares.

Las Fuerzas Armadas ya no son actores políticos relevantes, y es impensable una interrupción de un orden institucional que ya lleva casi 40 años. Tampoco poseen ni el respaldo legal ni el apoyo social o la convicción interna para intervenir en aspectos de seguridad interior. En realidad, todavía ni siquiera se les han asignado funciones muy definidas.

Además, la «revolución» o los reclamos sociales más extremos también han mutado en su esencia y se han despojado del formato militar; la praxis de manifestaciones reactivas, incluso las más violentas, no pasa de los límites del control del sistema democrático. Los planteos ya no proponen una sociedad completamente diferente, sino que aglutinan intereses puntuales y sectoriales bajo banderas de minorías.

Hoy el terrorismo se basa en un sustrato fundamentalista que aún no tiene respaldo en este subcontinente. Otras formas de guerrilla o de violencia organizada, como el narco, entran dentro de las amenazas de orden delictivo.

Sería motivo de otra larga conversación, pero asimismo los valores dominantes de la comunidad globalizada han mutado sustancialmente, algo que ya Enrique Rojas y Zygmunt Bauman³ vienen explicando.

— Es cierto, pero en ese contexto, tiendo a creer que ya sea por indiferencia o por deslindar compromisos; nuestra sociedad no se ha inmiscuido en el análisis profundo de la historia, por lo que todavía queda mucho por conocer y asumir, para poder entender, aprender y superar.

— Yo noto sentimientos de triunfalismo en una parte y de resignación derrotista en la otra. Pero, a tantos años de las fases armadas del último gran conflicto civil ¿podemos atribuir la victoria militar a las Fuerzas Armadas y de Seguridad? Y aún dentro de los coletazos judiciales focalizados hoy sobre los protagonistas militares, policiales y jurídicos que actuaron en protección del Estado, en su versión conservadora, ¿podemos asumir una victoria política de las organizaciones de izquierda?

Esos dos planos de la lucha nos llevan a plantearlo en términos de balance. ¿Hay una facción ganadora?

— No es fácil responderlo. Perón afirmaba que la realidad es la única verdad. Si bien se logró «aniquilar el accionar subversivo» desarticulando todas sus agrupaciones orgánicas rurales y



Dos luchadores,
Cesare Fracanzano
© Museo Nacional del Prado

«El hombre mediocre es peor por su moral que por su estilo. Se diría que empaña la reputación ajena para disminuir el contraste con la propia».

— José Ingenieros,
El Hombre Mediocre

³ Filósofos autores de *El hombre light* (1992) y *Modernidad líquida* (1999), respectivamente.



El jardín de las delicias,
panel derecho (El infierno)
Jheronimus Bosch (el Bosco)

© Museo Nacional del Prado

«La falla más común de los líderes es subordinar la verdad a la conveniencia, sin ventajas finales para la causa».

—P.H. Lidell Hart, *La estrategia*

urbanas, con énfasis en el quebranto de su estructura operativa y de inteligencia y los apoyos logísticos externos, no se llegó a plasmar en un triunfo político de ninguna de las partes.

Lo dramático y sórdido del conflicto vivido, lejos de toda connotación tradicional, involucró partes convivientes y consanguíneas de la misma sociedad. La consecuencia es un resultado confuso, como en una tragedia griega, donde los protagonistas terminan perdiendo.

— Te entiendo. Los sobrevivientes de la guerrilla fueron mutando lentamente, adaptándose a la política democrática e insertándose a nivel individual en los distintos actores del poder republicano, sin haber podido llevar a la nación a esa idea de sociedad por la que antes pelearon y mataron.

La inercia social y el espíritu conservador de la sociedad argentina fueron imposibilitando rápidos cambios reales por su pasividad, por los condicionantes impuestos desde la educación, por las reformas constitucionales y jurídicas, o por los tradicionales factores de poder.

Quizás por el aspecto trágico y la inercia mencionados, en treinta años la sociedad aceptó, con idéntica pasividad, primeramente los juicios a las Juntas y los líderes guerrilleros como, más tarde, sus indultos. Ahora bien, las acciones judiciales posteriores, con la pánoplia de revocaciones parciales, anulación de leyes y aplicación retroactiva de nuevos conceptos legales, han vulnerado los principios del derecho legitimando los efectos del revanchismo. Expongo esto como parcialidad, porque solo actúa sobre una de las partes: las FF. AA. y las FF. SS.

La justicia parcial, por más visos de legalidad que se pretenda imponer, solo mantiene el péndulo en movimiento o genera un nuevo brazo escorante hacia el opuesto.

Se han creado nuevas versiones de prisioneros políticos. Tal vez haya que considerarlos «bajas de combate» o «mártires» de esa guerra civil cuyas armas callaron hace 37 años.

— Volviendo a los conceptos sobre la génesis de nuestra historia, nos encontramos quizás empantanados en la década de 1950 y gritando desde veredas enfrentadas; o unos gritando, y otros en un expectante mutismo. Pero no me atrevo a incluir a todos, porque la mayoría sigue siendo testigo pasivo de una agenda impuesta, preocupada fundamentalmente por los avatares económicos.

Parte de las secuelas del conflicto que tratamos es que ha generado una democracia duradera con sus propias formas dinámicas de representación, que ya no promueven la resolución violenta de las fuertes contradicciones internas. Entonces, aparecerán nuevas mutaciones de la inacabada lucha social argentina en la búsqueda de un futuro común unificador.

— Es claro que seguimos en una grieta, enfrascados en disputas y en debates sin llegar a definir qué modelo de sociedad y de país pretendemos. Así, las elecciones se definen por poco margen, y la economía, siempre en crisis, cambia de banda a banda sin adoptar un rumbo claro.

Lo que vemos es que las confrontaciones permanecen abiertas e inconclusas y, aunque se invocan lemas y argumentos ideológicos, carecen de contenido sustancial y de fuerza intelectual. Luego del uso de la fuerza por las múltiples partes involucradas, se ha arribado a otras dinámicas.

— Hoy sentimos que se ha logrado imponer transitoriamente el tañido de una campana y castigar a quienes encomendamos defendernos, quizá ello nos libere del sentimiento de responsabilidad cívica histórica, pero puede dejarnos inermes, al llevar las fuerzas públicas a un estado de aislamiento y de consciencia culposa que quite determinación de acciones futuras de protección.

Accesoriamente, reconocer y compensar con indultos vigentes, exculpaciones, reconocimientos y homenajes a los agresores de la República que apelaron a los métodos más cobar-

des y crueles les permitió recuperar sus derechos civiles y alcanzar posiciones políticas con privilegios de decisión.

— Entonces, debilitados unos, fortalecidos otros, la balanza parece haber perdido su punto de equilibrio.

— Quizá. Es difícil pensar en que se encontrarán en un plazo razonable las bases para un análisis crítico y un tratamiento equilibrado. La verdad, en todo caso, es una deuda pendiente que ha caído en *default*.

— Podemos conjeturar que esto supone un riesgo adicional al debilitar la credibilidad y la confianza en las fuerzas de defensa nacional ante probables necesidades de empeñarlas.

— Es complejo responder a ese cuestionamiento sobre eventuales necesidades operativas de las fuerzas armadas en defensa de los intereses de la patria en crisis futuras. Nuestro país actualmente tiene ocupado territorio soberano por una nación extranjera.

— Otra interpelación hacia el marco interno es si existe un sinceramiento político sobre la necesidad de fuerzas armadas adecuadas a este momento y qué misión atribuirles.

— Es muy poco probable; hoy los intereses para mantener el velo son mayúsculos. Tal vez el topo que imaginó Abelardo Ramos siga cavando y encuentre un día la historia verdadera, y nos refresque la memoria para hacer justicia real y construir sobre ella una sociedad mejor.

Puede ser que, entonces, se halle la partitura para que los tenores no tapen el coro.

— Sería el momento en que dejaríamos de capear el temporal y volveríamos a navegar con rumbo a un destino mejor.

Discutido en cafés de antiguos clubes de Santa María de los Buenos Aires, un febril verano y cuarentena del año 2020. ■

«Aunque la verdad esté en minoría, sigue siendo la verdad.»
—Mahatma Gandhi



Jóvenes griegos poniendo dos gallos a pelear, de Jean-Léon Gérôme, 1846

© RMN-Grand Palais (musée d'Orsay) / Stéphane Maréchal.

BIBLIOGRAFÍA

- *Con el poder destructor de la mentira. Una malversación histórica (1959-1983)*. AUNAR (Asociación Unidad Argentina), Bs. As., enero de 2007.
- *Cuando el relato es una farsa. La respuesta al relato kirchnerista*, Agustín Laje y Nicolás Márquez, Ed. Contra Cultural, 2013.
- Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo, de abril de 1983, disponible en internet.
- *Ejército: del escamio al poder, 1973-1976*, Rosendo Fraga, Grupo Editorial Planeta, Bs. As., 1988.
- *El Descamisado*, Órgano oficial de Montoneros, Ejemplares 1 al 47, de mayo de 1973 a abril de 1974, en <http://ruinasdigitales.com>
- *El Ejército de hoy*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1976.
- *El Vietnam argentino: la guerrilla marxista en Tucumán*, Nicolás Márquez, Bs. As., 2008.
- *Enemigos*, Carlos Gabetta y Rodolfo Richter, EUDEBA, Bs. As., 2018.
- *Estrella Roja*, Órgano del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Ejemplar Nro. 1 de abril de 1971 al Nro. 93 del 23 de febrero de 1977. Suplementos del Combate de Azul y Nro. especial del 28 de febrero de 1973 por la toma del Batallón 141 de Comunicaciones, en <http://ruinasdigitales.com>
- *Guerra Revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Ramón G. Díaz Bessone, Círculo Militar, Bs. As., 1988.
- «Historia sesgada del 24 de marzo», Dr. Alberto Solanet, diario *La Nación*, Bs. As., 25/03/2019.
- *Infierno en el monte tucumano. Argentina 1973-1976*, Ricardo Burzaco, RE Editores, Bs. As., 1994.
- *In Memoriam (Tomos I, II y III)*, Círculo Militar, Bs. As., 1996.
- *La Argentina y sus Derechos Humanos*, Asociación Patriótica Argentina.
- *La Guerra Revolucionaria. La técnica de la revolución y la acción psicológica. El arma secreta del marxismo*, General Díaz de Villegas, Ediciones Europa, Madrid, 1959.
- *La guerrilla en Tucumán. Una historia no escrita*, Eusebio González Breard, Círculo Militar, Bs. As., 2001.
- «La historia subversiva en Argentina», *La Nación*, Bs. As., 11 de mayo de 1988.
- *La mentira oficial. El setentismo como LA política de Estado*, Nicolás Márquez, Grupo Unión, Bs. As., 2006.
- *La otra parte de la verdad*, Nicolás Márquez, Edivern, Bs. As., 2004.
- «La política oficial de los derechos humanos», Dr. Alberto Solanet, diario *La Nación*, Bs. As., 09/4/2012.
- *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Eduardo Anguita y Martín Caparrós, Editorial Norma, Bs. As., 1999.
- *Los ciclos históricos argentinos*, Tulio Eduardo Ortiz, Editorial Plus Ultra, Bs. As., 1977.
- *Los mitos setentistas. Mentiras fundamentales sobre la década del '70*, Agustín Laje Arrigoni, Fundación Libre, Bs. As., 2012.
- *Los otros muertos: Las víctimas civiles del terrorismo guerrillero de los 70*, Carlos A. Manfroni y Victoria E. Villarruel, Grupo Editorial Argentina, Bs. As., 2014.
- *Lucha armada. El PRT - ERP y las condiciones revolucionarias*, Rodolfo Richter, Editorial Dunken, Bs. As., 2017.
- *Manual de instrucción de las milicias montoneras*, Edición de Montoneros.
- *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Lucas Lanusse, Javier Vergara Editor, Bs. As., 2005.
- *Montoneros, final de cuentas*, Juan Gasparini, Ediciones de la Campana, La Plata, 1999.
- *Montoneros. La Soberbia Armada*, Pablo Giussani, Bs. As., Planeta, 1984.
- *Nadie fue: crónica, documentos y testimonios de los últimos meses, los últimos días, las últimas horas de Isabel Perón en el poder*, Juan B. Yofre, Bs. As., Sudamericana, 2006.
- *Nunca Más*, Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas.
- *Operación Independencia*, Editorial FAMUS, Bs. As., 1988.
- *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*, Ernesto Guevara, Ediciones Unión, La Habana, 1963.
- *Por amor al odio. La tragedia de la subversión en Argentina (Tomos I y II)*, Carlos M. Acuña, Ediciones El Pírtico, Bs. As., 2000.
- *Sálvese quien pueda. Patología de la sociedad argentina*, Diego Wartjes, IPN, Bs. As., 2009.
- *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Richard Gillespie, Grijalbo, Bs. As., 1987.
- *Subversión, la historia olvidada*, AUNAR, Bs. As., 1998.
- *Terrorismo subversivo en la Argentina. Parte de una red internacional*, AUNAR (Asociación Unidad Argentina), Buenos Aires, septiembre de 2007.
- *Terrorismo subversivo en la Argentina. Sus crímenes de Lesa Humanidad*, AUNAR (Asociación Unidad Argentina), Buenos Aires, agosto de 2007.
- *Terrorismo y contraterrorismo. Comprendiendo el nuevo contexto de la seguridad*, Russell D. Howard y Reid L. Sawyer, Instituto de Publicaciones Navales, Bs. As., 2005.
- «Un camino hacia la concordia», Dr. Alberto Solanet, diario *La Nación*, Bs. As., 07/03/2016.
- «Una inequidad que debe cesar», Dr. Alberto Solanet, diario *La Nación*, Bs. As., 31/01/2020.
- *Volver a matar. Los archivos ocultos de la «Cámara del terror» (1971-1973)*, Juan Bautista Yofre, Ed. Sudamericana, 2011.